



Un lacónico banquete. Conectividad, afectos y efectos en Buenos Aires con el telégrafo subfluvial de 1866

A laconic Banquet. Connectivity, Affects, and Effects in Buenos Aires with the 1866 Subfluvial Telegraph

Um lacônico banquete. Conectividade, afetos e efeitos em Buenos Aires com o telégrafo subfluvial de 1866

 Lucas Andrés Masán

Centro Interdisciplinario de Estudios Políticos, Sociales y Jurídicos, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires / CONICET, Argentina

andresmasan@gmail.com

Recibido: 23 junio 2025

Aceptado: 30 junio 2025

Publicado: 01 julio 2025

Cita sugerida: Masán, L. A. (2025). Un lacónico banquete. Conectividad, afectos y efectos en Buenos Aires con el telégrafo subfluvial de 1866. *Trabajos y Comunicaciones*, 62, e230. <https://doi.org/10.24215/23468971e230>

Resumen: En este artículo se examina cómo la instalación del cable telegráfico subfluvial entre Buenos Aires y Montevideo en 1866 transformó las percepciones de tiempo y espacio en el seno de la comunidad. A través del análisis de fuentes hemerográficas (como el *Correo del Domingo*, *La Revista de Buenos Aires*, *El Mosquito* y *The Standard and River Plate News*, entre otros), se explora de qué manera este avance tecnológico redefinió la vida cotidiana de la sociedad porteña en el contexto de un proyecto modernizador en ciernes. El cable, al reducir la comunicación entre ambas ciudades de días a minutos, no solo agilizó transacciones comerciales, sino que sincronizó los ritmos urbanos con las exigencias del capitalismo global. La prensa celebró este logro con metáforas como “venas eléctricas” o “puentes invisibles”, reflejando una fascinación por la instantaneidad que permeó el lenguaje cotidiano con términos como “urgencia” e “inmediatez”. El estudio concluye que el telégrafo no fue solo un avance técnico de enorme impacto, sino un artefacto cultural y una nueva herramienta epistémica que reconfiguró las coordenadas espaciales y temporales de la época, emergiendo como un símbolo de la modernidad que reescribió el mapa mental de una sociedad en plena transformación.

Palabras clave: Argentina, Telégrafo, Modernidad, Comunicación, Espacio

Abstract: This article examines how the installation of the subfluvial telegraph cable between Buenos Aires and Montevideo in 1866 transformed perceptions of time and space within the local community. Through an analysis of periodical sources (such as *Correo del Domingo*, *La Revista de Buenos Aires*, *El Mosquito*, and *The Standard and River Plate News*, among others), it explores how this technological advancement redefined everyday life in Buenos Aires within the framework of an emerging modernization project. By reducing communication time between the two cities from days to minutes, the cable not only accelerated commercial transactions but also



synchronized urban rhythms with the demands of global capitalism. The press celebrated this achievement with metaphors like “electric veins” and “invisible bridges”, reflecting a fascination with instantaneity that permeated everyday language with terms such as “urgency” and “immediacy”. The study concludes that the telegraph was not only a technical breakthrough of enormous impact but also a cultural artifact and a new epistemic tool that reconfigured the spatial and temporal coordinates of the era, emerging as a symbol of modernity that rewrote the mental map of a society in transformation.

Keywords: Argentina, Telegraph, Modernity, Communication, Space

Resumo: Neste artigo analisa-se de que forma a instalação do cabo telegráfico subfluvial entre Buenos Aires e Montevideo, em 1866, transformou as percepções de tempo e espaço no seio da comunidade. Através da análise de fontes hemerográficas (tais como *Correo del Domingo*, *La Revista de Buenos Aires*, *El Mosquito* e *The Standard and River Plate News*, entre outras), explora-se de que modo este avanço tecnológico redefiniu o quotidiano da sociedade portenha, no contexto de um incipiente projeto de modernização. Ao reduzir a comunicação entre ambas as cidades de dias para minutos, o cabo não só acelerou as transacções comerciais, como também sincronizou os ritmos urbanos com as exigências do capitalismo global. A imprensa celebrou esta conquista com metáforas como “veias eléctricas” ou “pontes invisíveis”, refletindo uma fascinação pela instantaneidade que permeou a linguagem quotidiana com termos como “urgência” e “imediatismo”. O estudo conclui que o telégrafo não foi apenas um avanço técnico de grande impacto, mas também um artefacto cultural e uma nova ferramenta epistémica que reconfigurou as coordenadas espaciais e temporais da época, emergindo como um símbolo da modernidade que reescreveu o mapa mental de uma sociedade em plena transformação.

Palavras-chave: Argentina, Telégrafo, Modernidade, Comunicação, Espaço

Introducción

El telégrafo hizo su aparición en el siglo XIX como una de las innovaciones tecnológicas más revolucionarias de su época, modificando las formas de comunicación y reconfigurando las percepciones del tiempo y el espacio. Se trató de “la transformación tecnológica más sorprendente del siglo XIX” (Hobsbawm, 2006, p. 69), que innovó las estructuras técnicas, sociales, políticas y culturales de su tiempo. Desde la década de 1830, esta “arma invisible” de la política internacional (Headrick, 1991, p. 9) se convirtió en un dispositivo clave para la consolidación de redes de información, promoviendo una “interconexión global” (Osterhammel, 2015) nunca antes experimentada, al punto de reperfilarse las actitudes de las comunidades en un amplio espectro (Standage, 1999, p. VIII). Más que una simple herramienta de transmisión de datos, el telégrafo se convirtió en un agente activo en la conformación de un nuevo orden temporal, espacial y cognitivo. En este contexto, la instalación del telégrafo subfluvial entre Buenos Aires y Montevideo en 1866 ofrece un caso paradigmático para examinar cómo esta tecnología fue apropiada, representada y vivida en escenarios locales, y cómo intervino en la reconfiguración de las experiencias en la región del Río de la Plata.

En línea con los aportes de la historia global que han buscado trascender las fronteras del Estado-nación para observar flujos, redes y conectividades más amplias (Bayly, 2010; McNeill y McNeill, 2004; Riello y Gerritsen, 2015; Osterhammel, 2015; Conrad, 2017; Bruno y Schuster, 2023, entre otros), nos proponemos indagar en las condiciones de establecimiento, circulación y recepción del enlace telegráfico subfluvial rioplatense como una clave de acceso a las imaginaciones tecnológicas de entonces, entendidas en un amplio espectro.

Ya en octubre de 1866, el *Standard de los Hermanos Mulhall* celebraba la instalación del “primer cable submarino de Sudamérica” como un verdadero “milagro de la ciencia” (*The Standard*, n° 1407, 14/10/1866, p. 2), señalando el lugar que este suceso ocupaba en la imaginación técnica y simbólica de la época. La inauguración de aquel cableado supuso una transformación decisiva en el sistema de comunicaciones rioplatense, al introducir un régimen de transmisión instantánea que afectó tanto las dinámicas políticas y comerciales como las formas en que los habitantes urbanos comenzaron a experimentar la distancia, el tiempo, el conocimiento y la circulación misma de la información. Diversos estudios han señalado el carácter fundacional de aquel tendido, siendo analizado desde distintos ángulos, con ricas contribuciones que abarcan su impacto geopolítico en el contexto de la Guerra de la Triple Alianza, su relevancia para la modernización de las comunicaciones en el Cono Sur o su papel en la consolidación de las elites comerciales rioplatenses, entre otros (Regini, 1996; Silva, 1997; Sar, 2013, 2015, pp. 87-90 y 2016; Caimari, 2015, 2016, 2018 y 2019; Masán, 2023). Partiendo de estos aportes, aquí se analizan aristas menos exploradas del suceso, que permiten interrogarlo en su dimensión cultural, técnica y afectiva. Considerando que la prensa fue testigo y partícipe crucial de esta singular inflexión, registrando reacciones, proyecciones y aspiraciones de una sociedad que comenzaba a verse atravesada por el pulso de la instantaneidad, nos interesa recuperar las resonancias de esta experiencia en el ámbito de las publicaciones locales, entendidas no solo como fuente, sino como actores fundamentales en la construcción simbólica del proyecto moderno rioplatense (Alonso, 2004; Garabedian, Miranda y Szir, 2009; Szir, 2017; Caimari, 2018; Masán, 2019). De modo que el análisis se centrará en un *corpus* de materiales periódicos impresos de diversa índole (*Standard*, *Correo del domingo*, *El Mosquito*, *La Revista de Buenos Aires*, entre otros) durante la coyuntura de inauguración del cable subfluvial, incluyendo notas informativas, crónicas, editoriales y avisos de diverso tenor. Las características específicas de cada medio (v. g. el tono satírico de *El Mosquito*, la densidad cultural de *La Revista de Buenos Aires*, el lirismo político del *Correo del domingo* y la secuencialidad cotidiana de *The Standard*), sumado a la riqueza propia de sus textos, nos permiten rastrear las formas en que la novedad técnica fue interpretada, apropiada y vivida por los actores urbanos. Para ello, partimos de considerar que los medios tecnológicos, como el telégrafo, no se limitaron a transmitir información, sino que desempeñaron un papel activo en la configuración de las condiciones de posibilidad del conocimiento, la

percepción y la subjetividad. Dicha perspectiva implica abandonar cualquier noción del aparato como una herramienta neutral, concebida únicamente para la transferencia eficiente de datos, para inscribirla, en cambio, como una infraestructura epistémica que reordenó el tiempo, el espacio y la experiencia, instaurando nuevas formas de saber, de ver y de recordar.

Al intervenir en la velocidad, la distancia y la materialidad del mensaje, los dispositivos no solo ampliaron el alcance de la comunicación, sino que transformaron las lógicas culturales a través de las cuales se organizaba la realidad. En esta línea, diversos autores han mostrado cómo los artefactos tecnológicos configuran regímenes temporales o archivísticos (Kitter, 1990; Nye, 1994; Gitelman, 2006; Ernst, 2016) que delimitan lo decible y lo pensable, modelando nuevas formas de presencia, visión, atención y memoria (Stiegler, 2001; Crary, 2007 y 2008, Peters, 2014, entre otros). Bajo esta concepción general, además de registrar y conectar, los medios instauran mundos posibles de experiencia y pensamiento, en virtud de lo cual la técnica puede pensarse como un operador activo en la transformación de imaginarios colectivos y sensibilidades culturales. No se trata, vale remarcarlo, de asumir una perspectiva determinista o esencialista, sino de explorar aspectos muchas veces desatendidos en torno a la relación entre la sociedad porteña decimonónica y un dispositivo novedoso como el telégrafo submarino. Para ello, emplearemos el concepto de “instantaneidad”, en tanto experiencia del tiempo ligada a la velocidad y la simultaneidad (Schivelbusch, 1979; Kern, 1983; Carey, 1989; Giddens, 1994; Harvey, 1998), como una herramienta analítica que permita comprender cómo la tecnología telegráfica redefinió sensibilidades y subjetividades, promoviendo una sutil pero significativa reconfiguración de las nociones de tiempo y espacio, así como una percepción más acelerada de los ritmos de la sociedad porteña.

Nuestra hipótesis es que la instalación del telégrafo subfluvial en el Río de la Plata constituyó una instancia crucial en la modelación de una cultura urbana caracterizada por el deseo de enlace inmediato, en sintonía con una creciente percepción del mundo como simultáneo, múltiple y comunicado. En este marco, el cable rioplatense puede leerse como un momento medular en la concreción de los deseos de conexión de una ciudad en plena modernización, expectante por consolidar su lugar en una red informativa global que comenzaba a trascender las fronteras nacionales. Algunas de las preguntas que orientan esta pesquisa son ¿Cómo representó la prensa porteña la implementación del telégrafo subfluvial entre Buenos Aires y Montevideo, y qué imaginarios tecnológicos se articularon acerca de este acontecimiento? ¿Qué metáforas, retóricas o figuras de sentido se emplearon para significar esta innovación técnica? ¿De qué manera estas construcciones discursivas contribuyeron a reconfigurar las experiencias urbanas del tiempo, la distancia y la inmediatez? ¿Qué sensibilidades, emociones o expectativas se activaron en torno al telégrafo y cómo dialogaron con los ideales de progreso, modernización y conexión global? En suma, ¿De qué modo la experiencia del telégrafo subfluvial rioplatense fue interpretada, narrada y emocionalmente vivida como un emblema de modernidad en la cultura urbana porteña de mediados del siglo XIX?

1. El telégrafo subfluvial rioplatense

La instalación de cables submarinos durante el siglo XIX constituyó un avance decisivo en el desarrollo de las redes telegráficas a escala global. Estos tendidos permitieron la conexión directa entre territorios separados por extensos cuerpos de agua, superando los límites físicos que hasta entonces restringían la transmisión rápida y segura de la información. En este escenario, la conexión telegráfica entre Buenos Aires y Montevideo destaca como un ejemplo singular en América del Sur. Inaugurada oficialmente en noviembre de 1866 y con una longitud aproximada de 47 kilómetros, el cable atravesaba el ancho del Río de la Plata para unir las capitales de ambos países, representando un hito técnico y logístico que contribuyó a integrar la región al entramado global de comunicaciones. Según se documenta en *Statics of Telegraphy*, la estructura tenía un peso aproximado de 7,5 toneladas por kilómetro, alcanzando una profundidad de siete metros (Anderson, 1872, p. 86) y llevada a cabo por la compañía británica *The River Plate Telegraph Company*, que había obtenido la concesión para operar en ambas orillas del río. Más allá de la proeza técnica, este tendido permitió reducir drásticamente el tiempo de transmisión de mensajes entre Buenos Aires y Montevideo,

constituyendo un eslabón clave para la integración regional y su inserción en las redes globales de información. De hecho, el desarrollo de esta infraestructura no combinó el progreso técnico con una voluntad explícita de acortar las distancias físicas entre centros de poder político, económico y cultural, en línea con los impulsos que caracterizaron la modernidad decimonónica. En este sentido, la incorporación de la gutapercha como aislante, el protagonismo de empresas transnacionales británicas y el marco regulatorio internacional emergente formaron parte de un proceso complejo y multidimensional que fusionó tecnología, economía y política.

Para comprender plenamente la significación del cable rioplatense, conviene contextualizarlo dentro del panorama más amplio del desarrollo de la telegrafía submarina. Si bien la comunicación telegráfica tiene antecedentes que se remontan al siglo XVIII, su consolidación técnica y operativa estuvo ligada a los avances de la primera mitad del siglo XIX, concretamente a la década de 1840, cuando el físico británico Michael Faraday propuso el uso de la gutapercha como aislante eléctrico. Este material, un látex natural extraído del *Palaquium gutta*, árbol originario del sudeste asiático, demostró propiedades excepcionales, entre ellas la resistencia a la humedad y la maleabilidad térmica (Figuier, 1859, p. 196), resultando un recubrimiento ideal para los conductores eléctricos (Headrick y Griset, 2001, p. 546; Müller, 2004, p. 189). Con el empleo de la gutapercha en la década de 1850 se superó el principal obstáculo técnico para el tendido de cables en entornos acuáticos, como era la impermeabilización y la durabilidad del aislamiento, ya que este singular material, al calentarse, permitía moldear recubrimientos herméticos que, una vez fríos, se endurecían formando una protección resistente a la degradación. A partir de entonces, se desplegó una red creciente de cables submarinos que unieron Europa con sus colonias y centros urbanos, consolidando la idea de una mayor proximidad que volvería al mundo “más pequeño y unificado” (Hobsbawm, 2006, p. 60). Es útil recordar que una de las experiencias más tempranas de cables subfluviales se desarrolló en Europa, con el cruce del Canal de la Mancha entre Dover y Calais en 1851,¹ considerado el primer cable submarino exitoso de la historia (Winseck y Pike, 2007, p. 55). A partir de entonces, el sistema telegráfico global se consolidó mediante iniciativas respaldadas por una fuerte inversión pública y privada, aseguradas por un marco regulatorio internacional, destinado a coordinar el uso del espacio submarino para fines telegráficos (Czitrom, 1982, p. 20). La telegrafía eléctrica, por ende, fue un campo de interacciones políticas y económicas de alcance global, que representó un salto cualitativo en la integración regional, alterando las relaciones diplomáticas, comerciales y periodísticas hasta entonces concebidas.

Más allá de su dimensión técnica, el cable telegráfico fue un símbolo cultural de la modernidad. La instantaneidad impulsada por este sistema constituyó una experiencia sensorial, parte de un espíritu de época que celebraba la preeminencia del ser humano sobre la naturaleza mediante la rapidez en las comunicaciones. Basta pensar en el célebre texto del geógrafo Arnold Guyot, discípulo de Humboldt y Ritter, quien en 1849 celebraba que con el telégrafo se “aniquilaba” al espacio, ya que “la palabra del hombre, llevada en las alas de la electricidad, adelanta en su curso al sol mismo” (Guyot, 1849, p. 292). No sería el único en ponderar abiertamente los avances técnicos en aquel meridiano decimonónico: al describir la conexión telegráfica entre Córcega y el continente europeo en 1854, *The Illustrated London News* celebraba que las nuevas líneas creaban “vínculos que, cabe esperar, resulten ser de los más felices frutos para todas las partes” (*The Illustrated London News*, 19/8/1854, p. 168). En 1859, el francés Louis Figuier proporcionaría una nutrida panorámica del telégrafo, calificándolo como una “maravilla de los tiempos modernos” (Figuier, 1859, p. 194) y destacando el papel fundamental de la comunicación submarina en este fenómeno. Manifestaciones de este tipo definían al telégrafo como una tecnología capaz de construir puentes materiales, sociales y culturales, promoviendo la cooperación y el progreso. Con esto queremos indicar que, para mediados del siglo XIX, la noción del telégrafo como promotor de cambios ya estaba instalada en la imaginación colectiva, lo que explicita los modos en que las tecnologías de la comunicación fueron percibidas como instrumentos de modernización y cohesión social.

En el Río de la Plata, estas ideas comenzaron a tomar forma desde mediados del siglo XIX, con la difusión de imágenes y descripciones de dispositivos telegráficos que atestiguaban el interés creciente por

esta nueva tecnología. Un caso particularmente revelador aparece en el segundo número de la *Revista del Plata*, editada por el ingeniero saboyano Charles Henri Pellegrini, que, en octubre de 1853, incluyó una nota titulada sugerentemente “Comunicar es fraternizar”. Allí se exaltaba la instalación del servicio de correos y se celebraba la facilitación de la comunicación como una “bella y sabia innovación”: una intervención técnica capaz de promover la fraternidad y el desarrollo al acortar distancias y vincular localidades (*Revista del Plata*, n° 2, 1853, p. 24). Esta asociación entre comunicación, progreso material, fraternidad y armonía social expresaba de modo temprano un ideario que, años más tarde, encontró una de sus realizaciones más ambiciosas en la expansión del telégrafo eléctrico.

Ergo, la instalación del cable rioplatense puede interpretarse no solo como un hito técnico de gran relevancia, sino también como un acontecimiento cultural que inscribió a Buenos Aires y Montevideo en un proceso más amplio de transformación global. Su magnitud fue tal que, en el contexto de la Guerra del Paraguay, *The Standard* destacaba que “hasta las noticias de la guerra fueron olvidadas” frente a la “expectativa generada por el nuevo tendido submarino” (*The Standard and River Plate News*, n° 1406, 13/10/1866, p. 2). Incluso el periódico aseguraba que “Verdaderamente, esta es la era de los cables” (*The Standard and River Plate News*, n° 1407, 14/10/1866, p. 2). En sentido estricto, los orígenes de esta conexión se remontan a la Ley n° 6192 sancionada el viernes 23 de septiembre de 1864 (*The Standard*, n° 821, 21/10/1864, p. 2), que proyectó la creación de un sistema que permitiría la comunicación telegráfica entre Buenos Aires y Montevideo.² Los términos expresados respecto a la urgencia y la necesidad de la obra resultaban nítidos en aquel contrato: el proyecto debía efectuarse “en el plazo de 18 meses” (*Registro Nacional*, 1884, p. 154), lo cual nos ofrece un indicio acerca de la vertiginosidad de los tiempos que se vivían. De hecho, no se trataba solamente de un apuro administrativo o una urgencia técnica, sino que la prisa reflejaba un clima cultural más amplio signado por la fe en el progreso y la expectativa de que la tecnología resolvería los obstáculos de la distancia en un mundo crecientemente interdependiente. Sabemos que en el siglo XIX la velocidad en las comunicaciones no solo era deseada, sino que se volvió sinónimo de modernidad y poder, articulando una verdadera ideología del tiempo acelerado que definió la geopolítica de la información en la era del imperialismo (Headrick, 2000). En este sentido, la cláusula temporal del contrato puede leerse no sólo como un imperativo contractual, sino como la manifestación concreta de una temporalidad apremiante y performativa, propia de una época en que la conectividad instantánea se percibía como lujo y como necesidad impostergable para ingresar plenamente en la modernidad técnica y comercial. Comprender esta intersección resulta clave para captar la complejidad y la riqueza de los procesos históricos que dieron forma a la región y su inserción en las dinámicas globales.

A continuación, entonces, nos proponemos observar el modo en que el establecimiento del cable subfluvial rioplatense de 1866 redefinió las coordenadas técnicas de la comunicación y transformó las formas en que los sujetos experimentaron y representaron la cercanía, la inmediatez y la conexión. Las resonancias de este proceso adquirieron cuerpo, voz y sensibilidad en la prensa local; de allí que funcionen como una lente privilegiada para pensar el telégrafo en tanto mediador simbólico y afectivo.

2. El telégrafo en escena

Si antes examinamos cómo el tendido del cable subfluvial respondió a motivaciones globales, en este apartado nos interesa observar de qué manera ese mismo acontecimiento fue narrado en clave de cercanía afectiva y percepción compartida. A través de la mirada de la prensa, podemos afirmar que el cable apareció como un conducto técnico de señales y como una interfaz³ que articuló cuerpos, emociones y símbolos bajo el sello de la inmediatez.

La evidencia empírica señala que la noticia de la instalación del cable se recibió con incredulidad, primero, con ansiedad luego y, finalmente, despertó mucha ilusión. Tal es así que, dos días después de la promoción de la ya mencionada Ley n° 6192, se anunciaba el proyecto con cierta cuota de escepticismo en las páginas del *Correo del domingo*, aludiendo que: “Vamos a tener telégrafo entre Buenos Aires y

Montevideo, si es verdad lo que dice una ley dada esta semana” (*Correo del domingo*, n° 39, 25/09/1864, p. 611). Imaginando las posibilidades que esta alianza subfluvial proveería, el literato José María Cantilo, director de la dominical publicación, proyectaba que “Hermoso será ver al habla a las dos ciudades, y que una diga a la otra sus novedades todos los días” (*Correo del domingo*, n° 39, 25/09/1864, p. 611). Esta formulación temprana de deseo, teñida de un moderado entusiasmo, nos permite entrever no solo la novedad que el proyecto comportaba, sino también el horizonte de experiencias que se abría en el plano cotidiano: la posibilidad de que dos ciudades se mantuvieran “al habla”, como si la oralidad pudiera prolongarse periódicamente a través de cables sumergidos. Lo notable de esta proyección es que, incluso antes de su realización técnica, el enlace submarino ya comenzaba a operar como imagen y como promesa. La frase “ver al habla a las dos ciudades” condensa una forma de imaginar la conexión más allá de su dimensión utilitaria, desplazando el énfasis desde la infraestructura hacia el acontecimiento afectivo que esta habilita: el diálogo diario, la circulación de novedades, la intimidad entre espacios separados por el agua.

Poco después, la inicial desconfianza trocó por un tono triunfalista con que se palpitaba el inminente suceso. Desde el *Correo del domingo*, se expresaba que “De uno a otro día será dado al público el aviso de que cuando guste puede comunicarse telegráfica y eléctricamente con Montevideo” (*Correo del domingo*, n° 147, 21/10/1866, p. 227); mientras que el *Standard* recordaba que “recientemente se celebró la conclusión del cable submarino del Río de la Plata” (*The Standard*, n° 1415, 24/10/1866, p. 2). Esta misma atmósfera de expectativa llevó a *El Mosquito* a expresar que “cada día que pasa se ven cosas nuevas” (*El Mosquito*, n° 173, 14/10/1866, p. 16), remarcando la emergencia constante de novedades en la que el telégrafo se inscribía. De hecho, un día antes de la comunicación, se rubricaba su carácter inminente, asegurando que “De un momento a otro saludaremos por medio del telégrafo subfluvial y terrestre a nuestros vecinos del Estado Oriental, deseándoles prosperidades y que cuanto antes pase el año consabido” (*Correo del domingo*, n° 147, 25/11/1866, p. 321).

Estos señalamientos, más o menos incidentales, permiten entrever cómo el telégrafo inauguraba una lógica secuencial en la que cada innovación técnica se inscribía en una trama de avances previos que configuraban una sensibilidad dominada por la lógica del progreso. De manera que, lejos de constituir un hecho aislado, el cable se posicionaba en un umbral simbólico desde el cual se proyectaba una continuidad modernizadora. Como evidencian las fuentes, los tiempos se tornaban vertiginosos, a tal punto de adquirir jerarquía el “momento”, en tanto instancia efímera. Y aquel *momento* finalmente llegó, con la materialización de la comunicación, el 29 de noviembre de 1866, abriéndose al público al día siguiente. Desde el semanario dominical se relató minuciosamente el evento, celebrando que “Ya tenemos telégrafo submarino que nos pone al habla con Montevideo” (*Correo del domingo*, n° 153, 02/12/1866, p. 335) y remarcando que “A través del Río de la Plata los dos pueblos se han abrazado con fraternal efusión, con clamores de júbilo” (*Correo del domingo*, n° 153, 02/12/1866, p. 335). La voz, metáfora sensible de la presencia, se transforma aquí en un símbolo de unión afectiva entre ciudades y pueblos que se reconocen mutuamente en el acontecimiento técnico. El lenguaje de la crónica (“abrazo”, “júbilo”) inscribe la experiencia en una temporalidad densa: la del instante como acontecimiento fundacional. Lo que se celebra no es solo el éxito técnico del enlace, sino la aparición de una nueva forma de estar juntos en tiempo real. Ese instante de conexión, devenido en un abrazo eléctrico, no solo reduce las distancias geográficas, sino que inaugura una vivencia sincrónica que produce comunidad. El instante telegráfico significaba la condensación de una emoción colectiva y el punto de inflexión desde el cual se reconfiguraba la sensibilidad urbana ante las tecnologías del presente. En esta misma clave, se sintetizaba la experiencia desde un prisma intensamente sensorial y emocional, al señalar que: “Parecíamos que veíamos los semblantes de los que nos hablaban, que leíamos a sus pensamientos, que sentíamos los latidos de su corazón” (*Correo del domingo*, n° 153, 02/12/1866, p. 335). La frase condensa una ilusión de copresencia radical, en donde el dispositivo media la comunicación produciendo una escena de comunión afectiva, de conexión empática. En este

pasaje, el telégrafo se convierte en un punto de cruce, una tecnología que disuelve las mediaciones para intensificar el vínculo, puesto que no transmite simplemente un mensaje, sino toda una proximidad sensible. Esta ilusión de inmediatez afectiva también proyecta sobre la experiencia una forma del “estar juntos a distancia”, en la que lo lejano se vuelve íntimo y lo invisible, tangible. La imagen de los latidos del corazón, que se sienten a través del hilo, cifra la potencia simbólica de un acontecimiento que además de unir puntos en el espacio, conjugó ritmos vitales, imaginaciones sincronizadas, sensibilidades compartidas.

Esta experiencia colectiva encuentra, además, una escenificación privilegiada en la figura del operador. Según relataba Cantilo:

Más tarde vimos doscientas personas agrupadas en derredor del misterioso aparato, pasmadas en presencia de lo que allí sucedía. El joven inglés, encargado de traducir la impresión eléctrica que quedaba estampada en el papel, hacía lo con prontitud asombrosa, casi tomando al vuelo la palabra que llegaba: él no leía los signos; escribía al mismo tiempo que sentía el fluido en acción; parecía que oía la voz viva que hablaba desde Montevideo, que escribía a su dictado. (*Correo del domingo*, n° 153, 02/12/1866, p. 335)

La escena dramatiza una sensibilidad moderna ante el fenómeno técnico: el operador no aparece como mero intermediario mecánico, una suerte de médium tecnológico entre mundos, como intérprete entre lo invisible y lo inteligible. Aquel especialista cumplía su función con cabal precisión y “prontitud asombrosa”, sin tener la necesidad de “leer los signos”, sino más bien de “sentirlos”, “tomando al vuelo” la palabra que llegaba. Su gesto condensado, el de escribir “al mismo tiempo que sentir”, lo sitúa en un plano simultáneamente técnico y afectivo, en una posición liminar entre el impulso eléctrico y la palabra escrita. Refuerza, asimismo, la sensación de inmediatez y simultaneidad. Alrededor suyo, la multitud observaba y participaba, al mismo tiempo, de una pedagogía del asombro: el telégrafo, así entendido, ya no es únicamente un medio, sino una experiencia compartida que reorganizaba los modos de percepción, una plataforma en la que se entretejían cuerpo, técnica y comunidad.

3. Cartografías reales e imaginadas

Una semana después de aquel decisivo episodio comunicacional, el *Correo del domingo* retomaba sus reflexiones sobre el alcance de la novedad, señalando que “Los despachos telegráficos de Montevideo dieron por unas horas ocupación a mucha gente en la semana anterior” (*Correo del domingo*, n° 157, 01/01/1867, p. 5). Una dimensión atrayente de las evaluaciones que hizo la prensa sobre la novedad es que participó activamente en la proyección simbólica de un nuevo régimen de comunicación, presentando al tendido subfluvial como un hecho técnico, pero sobre todo, como una nueva cartografía, real o deseada. Aludimos a una red que debía prolongarse por distintos lugares, conectando diversas comunidades de manera “fraternal”. En este sentido, las metáforas utilizadas por figuras como Vicente Quesada o José María Cantilo permiten leer al enlace como una promesa de integración continental, donde lo técnico y lo afectivo se articulaban bajo una sensibilidad compartida. Un buen ejemplo es el caso de otra publicación porteña de gran relevancia, como *La Revista de Buenos Aires*, en donde tampoco se pasó por alto el acontecimiento, dedicándole una rica crónica bajo el elocuente título: “El telégrafo eléctrico submarino entre Montevideo y Buenos Aires” (*La Revista de Buenos Aires*, n° 41, 1866, p. 158). Más allá del temperamento general de la nota, llama la atención el orden elegido por el cronista, mencionando primero a Montevideo y luego a Buenos Aires, máxime tratándose de una revista publicada en esta última ciudad. Este detalle, en apariencia menor, permite abrir dos líneas de interpretación en sintonía con lo que venimos desarrollando. Por un lado, sugiere una dimensión material del flujo informativo, ya que como ha señalado Caimari, “En razón de su mayor cercanía al océano, el puerto oriental recibía muchos barcos procedentes de Europa, uno o dos días antes que Buenos Aires” (Caimari, 2015, p. 133). Esta diferencia temporal implicaba que las noticias provenientes de Europa arribaran primero a Montevideo, desde donde eran transmitidas telegráficamente a Buenos Aires. Por otro lado, la manera en que se enunciaba el vínculo “entre Montevideo y Buenos Aires”

sugiere una forma de percibir el espacio que no necesariamente partía del propio centro. Con esto queremos señalar que algunos actores parecieron concebir su ciudad desde una perspectiva más amplia y descentrada. Vicente Quesada, redactor de la noticia y director de la revista, parece clarificar nuestra hipótesis al observar que: “El acontecimiento era verdaderamente popular y digno de regocijo, porque facilitando la rápida transmisión del pensamiento pone a estos grandes centros mercantiles en el camino de la fraternidad por el vínculo positivo de los intereses” (*La Revista de Buenos Aires*, n° 41, 1866, p. 158). El jurisconsulto celebraba el impacto práctico del telégrafo en términos comerciales, al tiempo que inscribía la comunicación en una clave afectiva y política, destacando la “fraternidad” entre pueblos mediada por la técnica. La idea de un “vínculo positivo de los intereses” introduce, así, una dimensión de alianza que, si bien racionalizada y económica, no excluye una carga emocional significativa. Pero su mirada no se limitaba al presente inmediato. En su deseo de que la empresa obtenga buenos réditos económicos, Quesada proyectaba una cartografía futura de integración continental, anhelando que “se estimule a prolongar el hilo eléctrico a través de la pampa, a subir las altas cordilleras y descender a los valles de Chile para ponernos en contacto con las Repúblicas del Pacífico” (*La revista de Buenos Aires*, n° 41, 1866, p. 159). Además de ser una herramienta útil, el telégrafo opera aquí como una metáfora del impulso civilizatorio, en donde la “pampa”, las “cordilleras” y los “valles” se convierten en escalones simbólicos de un camino técnico que prometía acortar distancias, consolidando una red que transformaría el espacio en experiencia compartida.

En ese gesto anticipatorio se cifran las aspiraciones de una modernidad latinoamericana que, aún desde su periferia, buscaba articularse en clave de conectividad, progreso y pertenencia regional. De hecho, en esta misma sintonía se situaban desde *el Correo del Domingo*, expresando con la metáfora culinaria que inspira el título de este trabajo: “Dos banquetes separados por el Río de la Plata, y una distancia de sesenta leguas formulaban pues un solo festín a que asistían dos pueblos” (*Correo del domingo*, n° 153, 02/12/1866, p. 335). Aquel primer banquete fue una oda al encuentro, en donde las frases ceremoniosas, los brindis por la salud de figuras públicas y las menciones a un festín con champán y *roast beef* dibujaron un escenario de élites urbanas que celebraban su propio protagonismo en esta modernidad (*The Standard and River Plate*, n° 1447, 1/12/1866, p. 2). Debe considerarse que mientras el telégrafo unía territorios, también demarcaba fronteras sociales, puesto que solo ciertos grupos tenían acceso a sus mensajes. Pero no solo se priorizaba la técnica como evento digno de auto celebración por parte de las elites, sino que se destacaba, además, que esta primera comunicación se había realizado mediante “un hilo finísimo de cobre rojo”, el cual “es el conductor de nuestros pensamientos, a través del espacio, por debajo de las aguas” (*Correo del domingo*, n° 153, 02/12/1866, p. 335), concluyendo que “Los que presenciamos esa escena no lo olvidaremos nunca” (*Correo del domingo*, n° 153, 02/12/1866, p. 335). Parte de esa memorabilidad estaba albergada en lo que se consideraba una proeza técnica que ampliaba los modos de imaginar lo conectado.

Si consideramos estos indicios en diálogo con la noción de *interfaz* antes propuesta, es posible sugerir que el telégrafo operó como el efecto de una relación entre elementos heterogéneos (materiales, perceptivos, simbólicos, humanos), cuya eficacia dependía de la continuidad invisible del circuito. En este sentido, estos relatos condensan una mutación cultural más amplia: el tránsito desde una experiencia comunicativa basada en la presencia física hacia una nueva sensibilidad urbana, definida por la conectividad, la inmediatez y la mediación técnica. La ciudad, el espacio, incluso el cuerpo, comenzaban a pensarse como nodos de una red invisible pero tangible. Constituyen huellas de un proceso más amplio ocurrido en el seno del espacio urbano, en donde operó una transición hacia formas de pensamiento que valorizaban la continuidad como principio técnico, simbólico y social, interpretando al entorno con claves distintas a las heredadas de una experiencia directa, “presencial”, pre telegráfica. De suerte que la red, la conexión, lo no-visible, comienza a instalarse como coordenadas sensibles de una nueva cultura de la comunicación, con lo que el evento telegráfico inauguraba, además de una forma nueva de transmisión, un modo novedoso de estar en común. La comunidad, congregada en torno al noble aparato, era testigo de una experiencia inédita que rubricaba un elemento tan novedoso como clave: la simultaneidad.

En otro sentido, el hecho de que el cronista registre que, al producirse el contacto “todos los rostros se inclinan sobre el aparato” y que “muchas manos se tienden, como si buscaran tocar lo que no se ve” (*Correo del domingo*, n° 153, 02/12/1866, p. 335), nos indica una gestualidad en la que el acontecimiento ya no necesita de la presencia física, sino que se sostiene en una presencia mediada, compartida, inmaterial. Este régimen de sensibilidad se refuerza en los modos de figuración del dispositivo, siendo descripto el cable como un “conducto nervioso”, una suerte de extensión viva entre ambas ciudades por donde fluyen tanto las palabras como los impulsos eléctricos que generan asombro. La comparación con un cuerpo tampoco resulta casual, ya que remite a una concepción fisiológica de la técnica en donde la comunicación instantánea produce efectos perceptivos intensos, casi corporales. Hay una voluntad de hacer visible lo invisible, de traducir la abstracción técnica en imágenes sensibles que la vuelvan comprensible y emocionante.

Otro aspecto de gran relevancia es la progresiva aparición de la precisión en los horarios, con sus minutos exactos (v. g. 6:40, 5:55 pm, etc.), no es un detalle menor, sino que marca una ruptura con la temporalidad más difusa del correo tradicional, instaurando una lógica de la inmediatez que redefiniría las prácticas sociales y diplomáticas. En esta óptica, la singularidad del fenómeno conectivo radica, a nuestro juicio, en que el dispositivo no solo modificó las velocidades de transmisión, sino que generó nuevas formas de afectividad mediada. Esto es, expresiones como “la voz querida del amigo” o la posibilidad de enviar un “adiós” desde Montevideo antes de partir hacia Europa, dan cuenta de una sensibilidad que buscaba habitar la distancia mediante cargas emocionales, transformando el mensaje telegráfico en una suerte de presencia fantasmática. Sin embargo, dicha emocionalidad no era ilimitada ni mucho menos gratuita, ya que su ejercicio estaba condicionado por factores materiales que terminaron por moldear las expresiones.

Una fuente reveladora son los avisos publicitarios del inglés John Oldham, ingeniero principal de la *River Plate Telegraph Company*, quien notificaba en noviembre de 1866 que: “Los gastos de instalación de las líneas han superado con creces lo presupuestado por la Compañía, por lo que la tarifa será más elevada de lo inicialmente previsto”, asegurando que “Por mensajes de veinte palabras” se cobrarían 4 \$f, y a partir de allí, “por cada cinco palabras adicionales” se agregaría 1 \$f. (*The Standard*, n° 1443, 27/11/1866, p. 4). Nos ayuda a tomar dimensión del costo del servicio saber que enviar un mensaje de 20 palabras suponía prácticamente lo mismo que una suscripción mensual a publicaciones como *El inválido argentino* (4 \$f), el *Correo del domingo* o *El Mosquito* (3 \$f). Por citar solo algunas ocupaciones: un profesor del Colegio Nacional de Buenos Aires cobraba unos 120 \$f mensuales (*El inválido argentino*, n° 1, °1/1/1867, p. 4), mientras que un empleado de cementerio percibía unos 50 \$f y un peón 40 \$f (*Actas de la Comisión Municipal de 1866*, 1911, pp. 153-154). Una columna en un periódico como *La Patria* tenía un valor de 4 \$f, en tanto que un retrato fotográfico en tarjeta costaba 6 \$f (*The Standard*, 27/2/1869), un poco menos que ir de Buenos Aires a Rosario en la *Compañía de navegación a vapor del Río de la Plata*: 8 \$f, es decir, el equivalente a dos mensajes telegráficos. Con este brevísimo *racconto* queremos marcar que, aunque el valor de cada palabra no era del todo exorbitante ni privativo para su época, lo cierto es que no todas las personas podían permitírselo. En otro sentido, observando este tarifario podemos ver que encerraba una paradoja fundamental de la comunicación telegráfica, pues por un lado, imponía una economía expresiva que obligaba a comprimir los mensajes en veinte palabras, generando lo que podríamos denominar un régimen de síntesis comunicativa. Así lo observaba, con cierta admiración, el *Correo del Domingo* en referencia a la condensación de despedidas amorosas, saludos diplomáticos o confesiones urgentes dentro de un molde conciso: “¡cuánto no se puede decir en veinte palabras!” (*Correo del domingo*, n° 151, 18/11/1866, p. 302). Pero también aquella concisión fue la que llevó a Sarmiento a criticar el “laconismo telegráfico” (Sarmiento, 1886, p. 477) a mediados del siglo XIX en Estados Unidos, por circunscribir la expresión a moldes breves. En otro sentido, el telégrafo venía a materializar el lema de Benjamin Franklin “time is money” (Franklin, 1748, p. 153),⁴ invitando a abreviadas expresiones e imponiendo cierta gramática de la concisión. Precisamente, esta escritura condensada que tomaría cuerpo con el telégrafo sugiere que no representó

únicamente una innovación técnica sino una auténtica reconfiguración de la intimidad moderna, donde lo afectivo se replegó sobre la palabra “justa”, medida, la fórmula comprimida, del mensaje condensado. Es probable que lejos de neutralizar el afecto, esta economía del decir lo intensificó, demostrando que la restricción formal podía convertirse en un catalizador de nuevas formas de sensibilidad.

Por otra parte, el telégrafo no era únicamente un medio espiritualizado de conexión, sino también una infraestructura sujeta a cálculos económicos, sobrecostos y expectativas de rentabilidad. No obstante, la sociedad de la época supo revestir esta tecnología con una potente poética de la inmediatez, transformando una mercancía en un vehículo de vinculación emocional. Bajo esta tesitura, el telégrafo emergió como una verdadera tecnología del lazo afectivo, capaz de transmitir no solo información, sino toda una gama de emociones: desde felicitaciones y preocupaciones hasta confidencias íntimas y saludos diplomáticos. La distancia física, aunque no abolida, se volvía así permeable a través de la conexión eléctrica, creando una nueva experiencia de proximidad. Esta transformación tuvo su expresión más refinada en el desarrollo de lo que podríamos denominar como una *estética de la concisión*, donde la exigencia de brevedad, aunque percibida como un obstáculo, también encarnaba un desafío creativo que redibujó los modos de expresión.

Sin embargo, esa poética de la inmediatez, lejos de consolidarse como un lenguaje único y estable, comenzó pronto a mostrar fisuras. A medida que la experiencia concreta del telégrafo se desplegaba, surgieron voces que, sin renunciar al entusiasmo, introdujeron modulaciones, ironías y reservas frente a las promesas de conexión. La retórica del lazo afectivo convivió, así, con gestos de escepticismo que revelaban la persistencia de la distancia, tanto material como simbólica.

4. La promesa, sus desajustes y la persistencia de la distancia

El telégrafo subfluvial rioplatense fue recibido, más allá de las dudas iniciales, con un entusiasmo generalizado, en una atmósfera de celebración la que se fundían la admiración técnica, el fervor modernizador y una sensación colectiva de participación en una transformación histórica. Las metáforas dominantes, como el “abrazo fraternal”, la “voz del amigo” o los “latidos del otro lado”, permiten comprender una sensibilidad compartida que investía al dispositivo con una intensa carga emocional y simbólica. No obstante, ese lenguaje no era unívoco ni completamente estable, ya que también emergieron otras formas de representación que, sin desechar por completo la retórica del entusiasmo, introducían matices, dudas o ironías frente a las promesas de la conexión inmediata.

Una de las fuentes más lúcidas en este sentido es la advertencia enunciada por el *Correo del domingo* en enero de 1867 en la que se afirmó que “Es preciso tener presente que tanto sirve el telégrafo para dar noticias verdaderas como transmitir noticias falsas, porque él no habla por sí solo, sino que quien habla es el hombre” (*Correo del Domingo*, n° 157, 01/01/1867, p. 5). La frase resulta notable porque introduce una dimensión hasta ese momento desconocida: el telégrafo no garantiza la verdad, sino que amplifica la voz de quien lo opera. El riesgo de la mentira, el equívoco o el uso malintencionado formaba parte de la propia lógica telegráfica, a tal punto que la velocidad podía representar un problema más que una solución, especialmente si se combinaban rapidez y falsedad. Lo que se pone en juego, entonces, no es solo la dimensión técnica, sino la responsabilidad política y ética de la información circulante. Aunque esta discrepancia entre los sucesos y las noticias que daban cuenta de ello han sido una constante en las sociedades, el telégrafo amplificó esta proliferación en la segunda mitad del siglo XIX. Esta preocupación no se originó únicamente en este margen del Río de la Plata. El periódico montevidiano *Pica-pica* también se expresó acerca de este nuevo riesgo, ilustrando con agudeza cómo la aceleración informativa no garantizaba mayor precisión, sino que podía amplificar errores y alimentar cierta indiferencia respecto de la verdad. En una secuencia paródica de telegramas ficticios, narró los modos en que una falsa noticia sobre la Guerra en Paraguay fue primero difundida con premura, luego solicitada con ansias, posteriormente desmentida y, finalmente, rectificada, siempre acompañada de “nuevos boletines” (*El pica-pica*, n° 20, 18/12/1866, p. 2). El efecto era evidente: lo importante ya no era confirmar la noticia, sino sostener el

ritmo de la transmisión. En esa lógica, el telégrafo se volvía menos una herramienta de veracidad que un mecanismo para mantener la expectación constante.

Precisamente dentro de ese registro se expresaba el semanario satírico *El Mosquito*, casi una década después de la inauguración de la conexión subfluvial, cuando ponía en escena con humor la tensión entre la idealización de la inmediatez y su cumplimiento real. En una viñeta publicada el 2 de mayo de 1875 pudo leerse:

–Vamos a tener noticias frescas todos los días, ahora.

–Es verdad, con el telégrafo interoceánico [...] pero alguna vieja nos llegará también.

–No, todas frescas; es con ese fin que han hecho pasar el cable por donde vienen, por debajo del agua. (*El Mosquito*, n° 643, 2/5/1875)

Observada en clave crítica, esta escena ponía en cuestión la eficacia plena del dispositivo, al tiempo que denunciaba, mediante el absurdo, la fe ciega en la tecnología como vector de transparencia informativa. La elección del registro humorístico permite señalar una contradicción sin cancelar el entusiasmo de fondo, puesto que hay noticias que llegan “frescas todos los días”, pero también otras “viejas”. Es decir: el cable que prometía inmediatez también arrastraba las inercias del tiempo. El subrayado de ese desfase nos sugiere que la simultaneidad telegráfica no era ni lineal ni perfecta, estando sujeta a interferencias, errores de transmisión, retrasos o incluso malentendidos que complejizaban su funcionamiento cotidiano.

Aunque menos frecuentes que las celebraciones entusiastas, estos gestos críticos evidencian que el imaginario sobre el telégrafo no era completamente homogéneo ni triunfalista y que, a medida que el sistema se expandía, también lo hacían las dudas sobre su eficacia, su neutralidad y su impacto. La propia materialidad del dispositivo, con sus cortes de línea, sus demoras, su dependencia de las condiciones climáticas, su costo elevado y su economía de las palabras (ese “laconismo teleográfico” que enunciaba Sarmiento a mediados del siglo XIX),⁵ contradecía por completo la fantasía de una comunicación sin fricciones. Consciente de tal fragilidad, Cantilo exponía en 1866 que “si el círculo metálico que debe recorrer el fluido eléctrico se separa una línea en cualquier punto, desaparecen al instante todos los maravillosos efectos que os tienen absortos” (*Correo del domingo*, n° 153, 02/12/1866, p. 335). Esta precariedad encontraba su correlato material en los partes técnicos de *The Standard*, que señalaban, por ejemplo, las dificultades de reparación de la línea en octubre de 1866: “Alrededor de 5 o 6 cuadras de la línea fueron destruidas, y si el tiempo continúa así, tendremos gran dificultad en repararla” (*The Standard*, n° 1421, 31/10/1866, p. 3). La conexión también era intermitente y esa intermitencia no se limitaba al plano técnico: afectaba también la dimensión comunicacional, en la que el flujo se cortaba, los mensajes se fragmentaban y cada transmisión habilitaba una nueva interpretación.

En otro sentido, la economía expresiva impuesta por las tarifas, como se analizó previamente, también operaba como un recordatorio de esos límites. La condensación de mensajes afectivos en veinte palabras, sujeta a una lógica de mercado o administrativa, producía un tipo de escritura que oscilaba entre la intensidad y la frustración. Si bien muchos contemporáneos celebraron esa estética de la concisión como forma moderna de expresión, no dejaba de ser una imposición estructural que condicionaba la experiencia del vínculo. El amor, la despedida, la urgencia debían comprimirse en un formato tarifado que privilegiaba la brevedad, penalizando cualquier tipo de expansión.

A pesar de todo esto (o precisamente por eso) el telégrafo consolidó su lugar como infraestructura del enlace. Incluso sus límites se incorporaron a la experiencia moderna como parte constitutiva de la sensibilidad técnica. Las fallas, las demoras, las dudas, lejos de invalidarlo, lo volvieron más humano, más complejo, más cercano a la vivencia real del tiempo en la periferia. No se trataba de una sincronía perfecta, sino de una negociación constante entre promesa y desfase, entre deseo de inmediatez y reconocimiento de la demora estructural.

Un caso especialmente revelador de los usos y las tensiones del telégrafo se produjo en 1872, a raíz de la llamada *Masacre del Tata Dios* ocurrida en la ciudad de Tandil, en el interior bonaerense. El episodio mostró de qué modo la inmediatez telegráfica podía amplificar tanto el miedo como la confusión. Desde Buenos Aires, un artículo señaló con mordacidad: “El telégrafo eléctrico, a la par de ser el vehículo de la civilización, acarrea a veces los más ricos elementos de un magnífico [...] julepe”, agregando que “Trajo pues, la chispa eléctrica para transmitirnos la elucubración de algún loco o chusco, y nos pintó quinientos gauchos reunidos para una verdadera segunda edición de la San Bartolomé” (*El Plata ilustrado*, n° 15, 21/01/1872, p. 180). La crítica apuntaba no solo al contenido del mensaje, sino también a la velocidad con que éste se había difundido, sin mediación ni contraste. De hecho, el periódico remarcaba la “precipitación” con que había actuado el gobierno, advirtiendo que: “Un poco más de calma, un poco más de reflexiones, y sobre todo tres, cuatro telegramas más, hubieran podido evitar la agitación que se apoderó de todos, y el movimiento de tropas, comisarios, agentes y otras yerbas” (*El Plata ilustrado*, n° 15, 21/01/1872, p. 180). Pero incluso en medio del caos, se concluía: “Todos, empero, estaban conformes en un punto; en la impaciencia de recibir noticias, que tardaban a pesar de la rapidez del telégrafo” (*El Plata ilustrado*, n° 15, 21/01/1872, p. 180). El funesto episodio, ocurrido pocos años después del establecimiento del telégrafo, muestra que este había redefinido el régimen de la información, al tiempo que reconvirtió los modos en que se experimentaban la urgencia, la sospecha y la ansiedad colectiva.

Esta ambigüedad se proyectó también en las evaluaciones posteriores. En 1891, el por entonces Inspector General de los Telégrafos de la Nación, el Dr. Manuel Benjamín Bahía, declaraba en su estudio técnico presentado ante el Director General de Correos y Telégrafos, Estanislao Severo Zeballos, que tanto el ferrocarril como el telégrafo eran “Verdaderos instrumentos de civilización y de gobierno” (Bahía, 1891, p. 3). Veinticinco años después de la conexión subfluvial, Bahía sintetizaba su impacto en clave técnica y administrativa, afirmando que estos instrumentos “han hecho aparecer más pequeña la extensión de nuestro territorio [...] y han eliminado por completo los antagonismos regionales” (Bahía, 1891, p. 3). En su interpretación, el telégrafo ya no era solo una promesa de inmediatez, sino una herramienta de gestión del territorio, un aparato de ordenamiento nacional en que la simultaneidad se había traducido en gobernabilidad y la comunicación, en administración del espacio. Como señalaba la prensa decimonónica, el telégrafo se había convertido en algo más que un símbolo de progreso técnico: era, junto al ferrocarril, un “verdadero instrumento de civilización y de gobierno”. Dicha operación sistémica había reconfigurado la experiencia misma del territorio nacional, comprimiendo distancias y homogenizando tiempos, según los intereses del poder central (Rieznik, 2014). Donde antes había regiones desconectadas, con particularismos y antagonismos, la red telegráfica impuso una sincronía administrativa. Con lo cual, cada despacho cifrado transmitía información y ejecutaba una voluntad de orden, coordinando movimientos militares, fiscalizando autoridades provinciales e integrando mercados regionales dispersos. Así, mientras los cables extendían su malla invisible sobre el mapa, contribuían a “hacer aparecer más pequeña la extensión del territorio” (Bahía, 1891, p. 3), no en términos geográficos, sino políticos. La inmediatez telegráfica devenía en temporalidad unificada y su infraestructura, en columna vertebral de un proyecto nacional que convertía la velocidad en soberanía. Esta visión de Bahía, hacia finales del siglo XIX, complementa, y en cierto modo desactiva, las tensiones críticas referidas antes, pero también las confirma, ya que lo que comenzó como espectáculo, afecto y asombro devino en cálculo, control y planificación.

El pasaje entre esas dos lógicas no fue abrupto ni terminó con una en la eliminación de la otra. Ambas convivieron, incluso reforzándose mutuamente. El “banquete” de 1866, con sus metáforas eléctricas y sus emociones compartidas, no desapareció, sino que permaneció como marca simbólica de origen, un mito fundacional. Pero el uso sostenido del telégrafo, su conversión en infraestructura estable y su inscripción en la lógica estatal, incorporaron también la ironía, la crítica, la espera y la duda. La modernidad rioplatense fue, en ese sentido, una modernidad friccionada: no lineal, no plena, sino tejida de asimetrías y negociaciones constantes entre el deseo de conexión y la experiencia real del tiempo y la distancia.

Reflexiones finales

El telégrafo subfluvial entre Buenos Aires y Montevideo, inaugurado en 1866, condensó en su breve extensión física un vasto repertorio de sentidos técnicos, afectivos y políticos. A lo largo de este trabajo examinamos cómo ese cable no solo permitió la transmisión inmediata de noticias, sino que reconfiguró la relación entre cercanía y distancia, entre velocidad y espera, entre mensaje administrativo y emoción. Lejos de operar únicamente como una infraestructura de comunicación, aquel cable se constituyó como una tecnología cultural que inscribió nuevas formas de imaginar el vínculo.

La escena inaugural, ese “banquetazo” celebrado entre telegramas, copas y frases recortadas, no fue una simple anécdota, sino que dramatizó una sensibilidad en formación en donde la expectativa de sincronía, de presencia a distancia, de comunión eléctrica, encontró su primera escenificación pública de magnitud. La prensa porteña, con metáforas que oscilaron entre abrazos, estremecimientos y latidos, puso en palabras el deseo de una comunidad telegráfica, el anhelo de un cuerpo disperso que intentaba sentirse al unísono. Ese deseo, sin embargo, fue rápidamente confrontado por las restricciones materiales y políticas del dispositivo. Las interrupciones del servicio, la desigualdad en el acceso, la fragilidad técnica y la brevedad tarifada impusieron límites a esa aspiración. De manera que la recepción del telégrafo no fue lineal ni armónica, comprendiendo la fascinación pero también la burla, el entusiasmo y el fastidio. El episodio de la *Masacre del Tata Dios*, con sus telegramas cruzados, fragmentarios y contradictorios, mostró cómo la inmediatez podía alimentar tanto la eficiencia como el pánico.

Uno de los efectos más significativos del telégrafo fue su impacto sobre la escritura, por cuanto la expresión tarifada de la palabra instituyó otro régimen de compresión en donde cada signo costaba y el lenguaje se volvía tenso, agudo, medido, calibrado. Desprovista de la decimonónica exuberancia, la economía verbal impuesta por la máquina no apagó el afecto sino que lo transformó en gestos condensados. Los telegramas amorosos, las noticias urgentes, los saludos diplomáticos y los partes de guerra fueron obligados a reinventarse en frases densas como plomo. Consideramos que esta retórica del laconismo no fue un residuo de la técnica sino uno de sus efectos culturales más duraderos.

En el telégrafo, entonces, se cifró una forma periférica de modernidad. Una modernidad no imitativa, sino adaptada; no triunfal, sino negociada. Su funcionamiento fue inestable, su promesa ambigua, su experiencia múltiple, la llenó de signos, aboliendo la distancia. En este sentido, creemos que su historia no se cuenta tanto por su eficacia técnica, como por la imaginación que generó y los modos en que fue vivida, disputada y narrada.

En síntesis: ese banquete inaugural, celebrado como una fiesta de la simultaneidad, fue seguido por un régimen de silencios costosos y palabras contadas. El exceso del brindis encontró su reverso en la frase medida. Ya Sarmiento, en el meridiano del siglo XIX, advertía sobre el laconismo telegráfico de los Estados Unidos, capaz de reducir las ideas a contabilidades secas. En el Río de la Plata, esa preocupación adquirió forma concreta, puesto que la tensión entre la intensidad del contacto y la escasez de palabra no fue un efecto secundario, sino la matriz misma de una nueva sensibilidad técnica. Fue aquello lo que permitió aquel *lacónico banquete*: una promesa eléctrica de estar juntos, resumida en veinte palabras.

Fuentes

- Actas de la Comisión Municipal de la ciudad de Buenos Aires de 1866* (1911). Optimus.
- Correo del domingo. Semanario literario ilustrado*, Buenos Aires, 1864-1867.
- El pica-pica. Periódico picante y de caricaturas*, Montevideo, 1866.
- El Plata ilustrado. Semanario de Literatura Artes, Modas y Ciencia*, Buenos Aires, 1872.
- La revista de Buenos Aires. Historia americana, literatura y derecho*, Buenos Aires, 1866.
- Registro Nacional de la República Argentina* (1884), Buenos Aires, Imprenta de la República.
- Revista del Plata. Periódico consagrado a los intereses materiales del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1854-1862.

The Illustrated London News, Londres, 1854-1867.

The Standard and River Plate News, Buenos Aires, 1863-1867.

El Mosquito. Periódico satírico ilustrado con caricaturas, Buenos Aires, 1864-1870.

Referencias bibliográficas

- Alonso, P. (2004). *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Fondo de Cultura Económica.
- Anderson, J. (1872). Statistics of Telegraphy. *Journal of the Statistical Society of London*, 35(3), 272-326.
- Bahía, M. (1891). *Los telégrafos de la República Argentina*. Imprenta de la Universidad de Buenos Aires.
- Bayly, C. (2010). *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914. Conexiones y comparaciones globales*. Siglo XXI.
- Bruno, P. y Schuster, S. (2023). *Mapamundis culturales: América Latina y las exposiciones universales, 1867-1939*. Prohistoria.
- Caimari, L. (2015). El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900). *Redes*, 21(40), 125-146. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/378>
- Caimari, L. (2016). News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable, 1866-1900. *Hispanic American Historical Review*, 96(4), 607-639. <https://doi.org/10.1215/00182168-3677615>
- Caimari, L. (2018). En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, 49, 81-116. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/boletin/article/view/6566>
- Caimari, L. (2019). Derrotar la distancia. Articulación al mundo y políticas de la conexión en la Argentina, 1870-1910. *Estudios Sociales del Estado*, 5(10), 128-167. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7175298>
- Carey, J. (1989). *Communication as Culture: Essays on Media and Society*. Hyman.
- Conrad, S. (2017). *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*. Crítica.
- Crary, J. (2007). *Las técnicas del observador: Visión y modernidad en el siglo XIX*. CENDEAC.
- Crary, J. (2008). *Las suspensiones de la percepción: Atención, espectáculo y cultura moderna*. Akal.
- Czitrom, D. (1982). *Media and the American Mind: From Morse to McLuhan*. University of North Carolina Press.
- Drucker, J. (2014). *Graphesis: Visual Forms of Knowledge Production*. Harvard University Press.
- Ernst, W. (2016). *Chronopoetics: The temporal being and operativity of technological media*. Lanham, Rowman & Littlefield.
- Figuier, L. (1859). *Les grandes inventions scientifiques et industrielles chez les anciens et les modernes*. Lahure et Cie.
- Franklin, B. (1748). Advice to a young Tradesman. En B. Perry, *Little Masterpieces: Benjamin Franklin* (pp. 153-155). Doubleday & McClure.
- Galloway, A. (2012). *The Interface Effect*. Polity Press.
- Garabedian, M., Miranda, L. y Szir, S. (2009). *Prensa Argentina siglo XIX: imágenes, textos y contextos*. Teseo.
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Alianza.
- Gitelman, L. (2006). *Always Already New. Media, History, and the Data of Culture*. MIT Press.
- Guyot, A. (1849). *Earth and man: Lectures on Comparative Physical Geography in its Relations to the History of Mankind*. Guld, Kendall and Lincoln.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu.
- Headrick, D. (1991). *The Invisible Weapon: Telecommunications and International Politics, 1851-1945*. Oxford University Press.

- Headrick, D. (2000). *When Information Came of Age: Technologies of Knowledge in the Age of Reason and Revolution, 1700-1850*. Oxford University Press.
- Headrick, D. y Griset, P. (2001). Submarine Telegraph Cables: Business and Politics, 1838-1939. *The Business History Review*, 75(3), 543-578. <https://doi.org/10.2307/3116386>
- Hobsbawm, E. (2006). *La era del capital: 1848-1875*. Crítica.
- Kern, S. (1983). *The Culture of Time and Space, 1880-1918*. Harvard University Press.
- Kitter, F. (1990). *Discourses Networks, 1800/1900*. Stanford University Press.
- Masán, L. (2019). Imágenes de una ciudad ansiosa. Sensibilidad visual en la prensa porteña de la década de 1860. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 19(2), 1-19. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7350637>
- Masán, L. (2023). *Estrellas y amapolas. Las pinturas rurales de Prilidiano Pueyrredón y las sensibilidades en la Buenos Aires de 1860*. Miño & Dávila.
- McNeill, J. y McNeill, W. (2004). *Las Redes Humanas. Una Historia Global Del Mundo*. Crítica.
- Müller, S. (2004). *Wiring the World: The Social and Cultural Creation of Global Telegraph Networks*. Columbia University.
- Nye, D. (1994). *American Technological Sublime*. MIT Press.
- Osterhammel, J. (2015). *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*. Crítica.
- Peters, J. (2014). *Hablar al aire. Una historia de la idea de comunicación*. Fondo de Cultura Económica.
- Regini, H. C. (1996). *Los caminos de la palabra: Las telecomunicaciones de Morse a Internet*. Academia Nacional de Educación.
- Riello, G. y Gerritsen, A. (2015). *The global lives of things. The material culture of connections in the early modern world*. Routledge.
- Rieznik, M. (2014). Velocidad telegráfica y coordinación horaria en la Argentina (1875-1913). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, 40, 42-72. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/35703>
- Sar, A. (2013). La introducción de las telecomunicaciones eléctricas en el Río de la Plata. *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación*, 121, 34-40. <http://hdl.handle.net/10469/13272>
- Sar, R. (2015). *Los orígenes de las telecomunicaciones en Argentina, 1853-1890* [Tesis doctoral]. Universidad Nacional de La Plata.
- Sar, R. (2016). Las pulsaciones de una expedición telegráfica. A 150 años del tendido del primer cable submarino en el Río de la Plata. *Claves. Revista de Historia*, 2(3), 73-98. <https://doi.org/10.25032/crh.v2i3.4>
- Sarmiento, D. (1886). *Viajes en Europa, África y América*. Félix Loujane.
- Schivelbusch, W. (1979). *The Railway Journey. Trains and Travel in the 19th Century*. Urizen Books.
- Silva, E. (1997). Antecedentes Históricos sobre el telégrafo y su implementación en nuestro país. *Revista Propuestas*, 6, 213-235. <http://repositoriocyt.unlam.edu.ar/handle/123456789/1723>
- Standage, T. (1999). *The Victorian Internet. The Remarkable Story of the Telegraph and the Nineteenth Century's On-Line Pioneers*. Berkley Books.
- Stiegler, B. (2001). *La técnica y el tiempo 1: La falta de Epimeteo*. Cactus.
- Szir, S. (2017). Imágenes y tecnologías entre Europa y la Argentina. Migraciones y apropiaciones de la prensa en el siglo XIX. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Pictures, memories and sounds*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.70851>
- Winseck, D. y Pike, R. (2007). *Communication and Empire: Media, Markets, and Globalization, 1860-1930. American Encounters/Global Interactions*. Duke University Press.

Notas

¹ Este tendido tuvo una extensión de unos 30 kilómetros, empleando 180 toneladas de cables aislados con gutapercha y con un espesor de 3 centímetros. Cfr. L. Figuiet (1859, p. 196).

² En sentido estricto, el contrato entre el Estado argentino y los empresarios ingleses Juan Proufort y Matheu Gray finalmente se celebró el 6 de diciembre de 1864, y fue aprobado por el Departamento del Interior, a cargo de Guillermo Rawson, el 10 de diciembre de aquel año (*Registro Nacional*, 1884, p. 178).

³ Empleamos el concepto de “interfaz” en un sentido amplio, como instancia técnica y simbólica que mediatiza la relación entre sujetos, dispositivos y sentidos. Véase L. Gitelman (2006), A. Galloway (2012) y J. Drucker (2014).

⁴ Aunque Franklin (1748) no usó la frase en sentido filosófico, sino a modo de consejo práctico para el comerciante en donde el tiempo improductivo era equivalente a una pérdida económica, la expresión se volvió emblemática del espíritu capitalista, racional y utilitarista de finales del siglo XVIII y el XIX.

⁵ Nos referimos a la expresión usada por Sarmiento para describir su comunicación telegráfica con Santiago Arcos en su viaje por Estados Unidos en 1847. Cfr. D. Sarmiento (1886, p. 477).